



CAPITULO II

DE LOS EJERCICIOS ESPIRITUALES (1)

ARTÍCULO I

CONVENIENCIA DE LOS EJERCICIOS

Según se desprende del Evangelio, los apóstoles Santiago y San Juan se dedicaban á andar con sus redes y barquilla por la mar al estilo de nuestros pescadores; y un día, cansados de sus tareas y un tanto deterioradas sus redes, anclaron par de la orilla su barca y comenzaron á recomponer sus redes. En esto estaban, cuando acertó á pasar el Salvador y les dijo: «Venid á mí, que yo os haré pescadores de hombres.» Pues he aquí que cada cual en este mundo tiene su trabajo, su oficio ó su negocio: sólo que así como algunos pescadores métense á veces en alta mar donde no ven más que cielo y agua por todas partes, donde son absorbidos por las olas y no parecen más para sus tierras, así, por desgracia, hay muchos que de tal suerte viven en los negocios y trabajos de la vida, que ya no ven más que aquel negocio donde todas las atenciones y cuidados de su alma son absorbidos, por donde vienen á morir y perecer eternamente. Pero otros, un tanto más avisados, tienen cuidado de no marcharse tan lejos y no meterse tan adentro; antes conociéndose cansados y su espíritu

(1) Tomamos esta doctrina del R. P. Sacrest, Ord. Pred.

un tanto quebrantado, vuélvense á la orilla por donde suele pasar el Salvador, y anclando sa barquilla se entretienen en recomponer sus redes.

Quien más quien menos estará entrado en las aguas de la vida y sentirá cansancio por las cosas de este mundo. Así, encontrándose un tanto fatigados, nos convendrá, como á los apóstoles, volver con nuestra alma á descansar un poco y recomponer los quebrantos que habrá padecido nuestro corazón; porque de hecho en manos de nuestra alma marchamos hacia la eternidad, y así como de mallas está entrelazado nuestro corazón, formando á veces hermosa y otras espantable red. «Semejante es, dice el Evangelio (1), el reino de Dios á unos pescadores que echaron sus redes en la mar, las cuales recogidas, tomaron los peces buenos, y los malos los dejaron.» Podremos decir que en un mismo corazón hay obras, de ellas buenas y de ellas malas; y así como hay redes frágiles, viejas y perdidas, así hay corazones frágiles y perdidos. No sería así aquella red de San Pedro cuando fué echada en nombre del Señor: *In nomine tuo laxabo retia.*

Conviene, pues, venerable seminarista, que nos sentemos un poco en la soledad de nuestra alma, así como en una barquilla en medio de los mares, y veamos si nuestra red que es el corazón con todas sus afecciones, ha necesidad de recomposición. ¿Y quién, si Santiago y San Juan estaban recomponiendo las suyas, dejará de sentir necesidad? Necesita de tal recomposición el justo, porque siete veces está escrito que cae el justo al día. Nuestra vida espiritual se gasta mejor que la vida corporal, la cual en su mismo ejercicio y movimiento se gasta y se disipa, mayormente que cada cual de los sentidos la gasta á su manera. Porque así como la fuerza de un licor se desvanece destapando el frasco en que está encerrado, no de otra manera la vida del espíritu por los ojos y por los oídos y por otras mil maneras pierde el vigor de su virtud según que lo

(1) Math., 13, 48.

confiesan todas las personas espirituales, y confesaba de sí propio el mismo San Bernardo. Y más que del justo está escrito: «El que es justo que se justifique más y el que es Santo que se santifique, y que la luz del justo no para hasta el perfecto día.» ¿Y dónde encuentra el alma mayor crecimiento que en estos santos ejercicios donde todo contribuye al aprovechamiento espiritual, lecciones, meditaciones, oraciones, pláticas?... ¿No es verdad que las gentes para tomar mayores fuerzas descansan á sus tiempos y pasan días de recreo en que los trabajos son menos y los manjares más ricos y abundantes? ¿No vemos cómo el Señor, además de sus aguas tempranas y tardías á sus tiempos, á veces envía á la tierra lluvias tan recias y continuadas que queda la tierra empapada para muchos días con que luego hace frente á los soles y á los vientos? Pues no es otro el beneficio que concede el Señor á los sacerdotes con los santos ejercicios, por que la gracia del Espíritu Santo, á manera de lluvia copiosa, viene en estos días á llenar el corazón de las aguas y bendiciones del cielo con que luego resiste á los soles y vientos de las tentaciones y sequedades. Vosotros, pues, venerables eclesiásticos, si anheláis conservar y aun acrecentar la gracia del Señor, venid y sentaos en esta soledad. «La llevaré á la soledad, dice el Señor, y allí le hablaré al corazón palabra de paz y hablará paz á su pueblo y á sus santos y á todos aquellos que vuelven sobre sobre su corazón: *Et super sanctos suos et in eos qui convertuntur ad cor.*»

Pues ya si esto es así, cuando el seminarista se encuentra en la gracia del Señor, ¿qué será si por desgracia hubiese perdido su inocencia? Entonces con mayor razón le son convenientes los ejercicios. ¿Dónde encontró el buen pastor la oveja perdida sino en la soledad? ¿Dónde comenzó el hijo pródigo á sentir los remordimientos de su conciencia y á pensar en volver á su padre? ¿Acaso fué entre el bullicio de las gentes, entre el clamoreo de los pueblos, entre las diversiones y placeres de la vida? ¿No

fué más bien cuando estaba solo y meditabundo, sentado en la soledad, sin más ruido que el de las hojas de las encinas? ¿Y dónde habló el Salvador á aquella pecadora Samaritana y le enseñó el reino de Dios? ¿Fué acaso en medio de Samaria ó en compañía de sus discípulos? ¿No fué más bien cuando estaba sola junto á un pozo? Entonces es cuando la dice Jesús: «*Si scires donum Dei.* Si conocieses el dón de Dios y quién es el que te habla... Anda, que tu marido no es tuyo ni tampoco los otros cinco que tuviste.»—Hagamos ejercicios y entremos en la soledad, y el Señor nos dirá lo que á la Samaritana (1): *Si scires donum Dei.* Si conocieses el dón de Dios y quién es el que te habla.... Ó nos aparecerá en visión como el ángel del Apocalipsis y nos dirá: sé que has perdido la caridad primera; sé que tienes el nombre de vivo y estás muerto; mira por tí, que otro no te arrebate la corona; mira que removeré el candelabro de su lugar; sé que tus pensamientos y tus aficiones no son limpias, anda pues, y acuérdate que los sacerdotes han de ser como los ángeles de Dios. Aquí es donde el sacerdote reconoce como la Samaritana sus yerros pasados y confiesa el nombre del Profeta, que ha descubierto y conocido sus pecados, para llorarlos como los obispos amonestados por San Juan. Y si por acaso no somos ni fríos, ni calientes, y dormimos aletargados en la tibieza, sentémonos también en la soledad, que aquí se oye la voz del Señor que conmueve los desiertos y quebranta los cedros del Líbano. Óyese la voz de San Pablo (2): diciendo: *Surge qui dormis.* Levántate tú que duermes y Cristo te iluminará... Aquí comprenderemos los males grandes que trae consigo la tibieza y cuán fea cosa es en los ministros de Dios que deben celar la causa del Señor, y heredar el espíritu de aquellos profetas que se consumían por el celo de la casa de Dios. Aquí recordaremos aquella maldición, de Jeremías (3): «Maldito el que

(1) Joann. 4 10.

(2) Ephes., 5 14.—(3) Jerem., 48, 10.

hace la obra de Dios con negligencia y fraude.» Efecto de tal maldición, recordará aquí el clérigo tibio, que son la mayor parte de las caídas de los hijos del santuario; los cuales, á la manera de un copo de nieve que se desprende de alta cumbre, arrastran en su caída otras muchas almas.

Cualquiera, pues, que sea el estado de nuestra alma, sentémonos en la soledad de los santos ejercicios, dentro de la barquilla de nuestro corazón y pasará el Señor y nos llamará como llamó á los apóstoles.

ARTÍCULO II

DE CÓMO DEBEMOS ESCUDRIÑAR NUESTRO CORAZÓN EN LOS DÍAS DE EJERCICIOS

Siguiendo, pues, el pensamiento del artículo anterior, extendamos á nuestra vista nuestro corazón y observemos todos sus hilos y todas sus mallas.

El corazón, materialmente considerado, tiene una red de venas y arterias con sus senos y concavidades.—Pues á su vez el corazón, moralmente, es un tejido de apetitos con sus sinuosidades donde anidan todas las pasiones. Y á la manera que, según San Pablo, en el edificio espiritual hay quien edifica en oro y quien en plata y quien en barro, así hay corazones cuya red de apetitos y deseos es de oro, y en otros es de plata, y en otros de hilo frágil y corruptible, según que se apetecen los bienes incorruptibles de la gloria ó los corruptibles de la tierra.

Y así como en la red unos hilos están unidos con otros por medio de lazos, así en nuestro corazón unos apetitos están enlazados con otros, porque quien tiene amor de un bien, tiene deseo de conseguirlo y temor de perderlo, y gozo de poseerlo y tristeza de haberlo perdido. ¿No es verdad que Saúl por amor de la honra suya tuvo odio y envidia é ira contra David, y tristeza y desesperación de haberla perdido? Y al contrario, David por el amor que te-

nía á Dios, tenía aborrecimiento de los enemigos del Señor y deseo de servirle y gozo de que todas las gentes le amasen.

Si amamos, pues, un objeto pecaminoso, todos los apetitos ó pasiones de nuestro corazón se enlazarán unos con otros con lazo de muerte y de pecado, y formaríamos una espantable red frágil como un hilo y corruptible como la carne y así fácilmente sería estragada nuestra alma.

Pues he aquí por qué convienen los ejercicios, para que sentados sobre nuestra barquilla extendamos á nuestros ojos todos los hilos y mallas, la red de nuestras aficiones por ver si está averiada, si son de hilo, de seda, de plata ó de oro sus mallas; si es la carne frágil ó las criaturas de esta tierra las que enlazan los apetitos de nuestro corazón. Que no sea así: antes bien en los ejercicios veamos de rehacer el espíritu, levantando el pensamiento y el corazón á cosas más altas, inmortales é incorruptibles cuales son los bienes de Dios.

Á tal objeto será muy bien hacer un repaso general de nuestra vida, una limpieza general de la casa de nuestra alma, no de otra suerte que una mujer hacendosa y solícita, además de la limpieza ordinaria de todos los días y semanas, de cuando en cuando revuelve todo el mobiliario de la casa; lo cual nos convendrá por muchos motivos. Con ese repaso ó confesión general, desde luego reformaremos las confesiones pasadas, las cuales unas por falta de integridad, otras de dolor, algunas por vergüenza y otras con malicia, no tuvieron todo el fruto que era de desear. Con ese repaso además el alma se confunde y avergüenza de ver sobre sí más pecados que cabellos en la cabeza, repitiendo con el profeta David: *Multiplicatae sunt super capillos capitis mei*. Finalmente, con la confesión general se alivia del peso de los pecados y se renueva el vigor del alma, realizándose aquella promesa del Profeta: *Renovabitur ut aquilae juvenus tua*. Será renovada

como la del águila tu juventud (1). ¿No vemos, efectivamente, cómo las aves mudan una vez al año sus plumas y los árboles sus hojas, despojándose antes del plumaje y de la hojarasca vieja? ¿No es verdad que Eliseo mandó á Naaman para curarse de la lepra que se lavase siete veces en el Jordán? Bañémonos, pues, con baño repetido de confesión tal que se pueda decir de nuestra alma lo que se dijo del cuerpo de Naaman, que sus carnes quedaron como las de un niño. Dios, por otra parte, con un repaso doloroso y general de nuestros pecados, da una luz y conocimiento mayor de nuestro estado, con el cual se alcanza mejor arrepentimiento y mayor acierto en las resoluciones y propósitos de mudar de vida. Sucede entonces lo que á un general que logra desde gran altura contemplar todas las fuerzas y plan del enemigo, por donde con mayor facilidad y mejor éxito dispone el plan de ataque ó de defensa. Nunca mejor que en este caso para formar un plan de vida que regule todos nuestros pasos, todos los movimientos de nuestro corazón para llevar en adelante una vida regular y cristiana, según lo cual, así como en un reloj bien ordenado todas las ruedas se mueven á compás, siguiendo unas á otras y todas á la principal, así nuestros pensamientos y afectos se moverán al compás de la ley de Dios, y todo en nosotros será por el fin principal que es la gloria de Dios y la adquisición del Cielo. Y vednos aquí entrados en el fin primario y general que debemos proponernos en los santos ejercicios. Porque si en todas nuestras obras tenemos, según San Pablo, por fruto la santificación y por fin la vida eterna, mucho mejor en esto que es obra del Señor por excelencia y gracia del Espíritu Santo, hemos de proponernos el mayor afianzamiento de nuestra salvación y el crecimiento constante de las virtudes para cantar un día las misericordias de Dios en sus santos.

(1) Salm. 102, 5.

ARTÍCULO III

AVISOS PARA LOS SANTOS EJERCICIOS

Cuando Dios quiso manifestar á Moisés los designios de su voluntad sobre el pueblo de Israel y darle para su promulgación las leyes del Decálogo, lo llamó ordenándole que se separase de la muchedumbre, y solo, subiese al monte santo donde le vería cara á cara y le hablaría sus pensamientos. Con efecto, Moisés se separó de entre la muchedumbre, y subió solo al monte Sinaí donde el Señor extendió en su alrededor á manera de muro una nube misteriosa con la que ni Moisés veía al pueblo ni el pueblo á Moisés. Así en el monte el Señor manifestó al Profeta cosas grandes, y le dio las tablas de la ley para promulgarlas al pueblo que le vió bajar con rostro parecido al sol.

He aquí, seminarista, hijo de los Profetas, la manera con que el Señor quiere tratar con sus levitas durante los días de los ejercicios. Nos separa ante todo de entre la muchedumbre por medio de un llamamiento íntimo, fuerte y poderoso, por una orden superior, ó por otras maneras ininteligibles, pero siempre inefables, porque quiere hallarse con nosotros cara á cara y hablar de nuestros destinos, y de sus bondades, y de los designios que por nosotros piensa realizar en su pueblo. Pues nuestro primer aviso sea salir de nuestras casas ó de entre la muchedumbre, y muchedumbre son aquí los hombres y los negocios. Así que, separémonos del ruido mundanal que de sí dan la vida, los negocios y tratos de los hombres, porque escrito está: *Non in conmotione Dominus*. No está el Señor en el tumulto porque es el Dios de la paz. Por donde sea nuestro primer pensamiento el retiro y la soledad, que eso significa la subida al monte por Moisés. Cabalmente vemos en el Evangelio que á veces llama también el Señor al par de sí á sus discípulos al monte antes que predique

á las muchedumbres: soledad, pues, y retiro; que sería caso perdido tratar de ejercicios perseverando en el ruido y estruendo de las gentes y de los negocios de casa y familia.

Pero el Señor no se contentó con esto; antes, después que se hubo separado el Profeta de entre su pueblo, le circundó de nube porque no oyese ni viese cosa de este mundo. Pues exactamente, venerable hijo de los Profetas, importa grandemente rodearse de mística nube que nos separe por unos días aun de este mundo de los ojos; que es que tengamos la vista recogida y los oídos defendidos de oír cosas del mundo, y la lengua cerrada sino es para hablar de Dios ó con Dios. Pongamos entredicho á nuestros sentidos externos y á nuestras potencias interiores porque ni vean, ni oigan, ni hablen cosa de la tierra. Cumple aquí aquel aviso de un santo ermitaño que decía «que el varón de Dios ha de ser ciego, sordo y mudo.» No parezca tal aviso cosa de poco valor, porque es cierto que el mundo si daña, no daña sino en cuanto por los sentidos entra. Pues si un comerciante ó un abogado en cuentas y asuntos delicados se recoge solo en su bufete huyendo de cuanto pudiera distraer su pensamiento, no será mucho pedir si eso mismo pedimos en las cuentas que tenemos que ajustar con Dios y en los asuntos de nuestra eternidad. Es doctrina de todos los hombres de espíritu que el recogimiento de los sentidos es tan necesario, mayormente en los días de ejercicios, que inutiliza el olvido de tal documento todos los esfuerzos del director y todos los trabajos del ejercitante. El ejercitante que descuida el recogimiento de los sentidos, sería semejante al químico que, después de componer algún licor de mucha fuerza, lo dejase en vasija ó vaso abierto, donde así como pasase la luz y aire, al punto quedaría sin virtud. Pues así, el ejercitante que de un lado tiene sus lecturas y meditaciones, pero por otro mira en todos los distraimientos de la vida por inocentes que éstos sean, cosa es por demás perdida el tiem-

po que en ellos gaste. Por lo cual, añaden los Santos, que se procure tener las ventanas de la habitación entreabiertas para dar á los ejercicios el carácter sombrío y grave que merecen.

Pero volvamos al monte con el Santo Moisés, donde es de creer que muchas cosas le hablaría dulce y suavemente el Dios de Sión. Pero, sin embargo, sólo algunas le mandó escribir. Pues he aquí otro consejo provechoso, que es, que entre las muchas cosas buenas que el Señor nos comunique, entre muchos santos pensamientos, inspiraciones y propósitos, escojamos algunos que mayor interés y mayor impresión nos causen. Y escribámoslos no sólo en el corazón, sino también en el papel para que sean testigos de las bondades del Señor con nosotros, ayudadores de nuestras flaquezas cuando sintamos desmayo, disipación y flojedad; para que á la manera que el que visita un jardín toma de él alguna flor que lleva á tiempos al olfato, así con tal manojito de resoluciones y propósitos reanimaremos á sus tiempos el espíritu de fervor y devoción que el Señor se haya servido comunicarnos en los días de ejercicios.

Pero el aviso que reviste más importancia es proponerse desde un principio algunos fines saludables; porque de la manera que nadie que sea cuerdo emprende camino sin mirar primero á donde va, así ningún ejercitante ha de entrar en ejercicios, en el camino de la perfección, sin antes proponerse algún fin principal que alcanzar. Bien es verdad que el tal fin puede ser muy vario. Aquí nos toca señalar alguno de mayor aprovechamiento práctico, y sea el primero desarraigarse de nuestra alma alguna malacostumbre ó pasioncilla que es la causa mayor de nuestras caídas. Porque por poco que cada cual reflexione, observará que aun cuando caiga en faltas varias, todavía hay alguna que la cometa con mayor frecuencia. Quien se deja dominar de la ira, quien de la desobediencia, quien de la murmuración, quien anda suelto en el pensamiento,

quien en ciertas aficiones no tan buenas, quien deja vagar los ojos hasta que entra la muerte por sus ventanas, quien suelta la lengua de manera poco edificante; y, en una palabra, si bien nos examinamos, daremos con una parte flaca por donde nos acomete el enemigo. Pues decimos que en los ejercicios hemos de procurar dirigir todas las meditaciones, y lecturas, y pláticas, y resoluciones, al fin de acabar con tal enemigo de nuestro bien.

Hay enfermos, que además de las enfermedades generales, tienen una enfermedad crónica. Un buen médico, además de remedios generales, acude á su tiempo con baños precisamente para tal dolencia. Si se quiere mejor; el rey de Siria dijo á sus generales y soldados: acometed al rey, que lo demás pronto se andará. A vencer, pues, la pasión dominante que dispone de todos nuestros pensamientos y afectos, y lo demás se andará á su tiempo. Ahora en los ejercicios eso debemos tener por fin principal.

ARTÍCULO IV

DEL FRUTO QUE DEBEMOS SACAR DE LOS STOS. EJERCICIOS

Como nos gastamos y disipamos demasiado en nuestros estudios (omne agens agendo repatitur) y, además, «sensus enim et cogitatio humani cordis in malum prona sunt ab adolescentia sua» (Genes. VIII, 21), urge, durante los Stos. Ejercicios, nuestra reparación espiritual, cuya síntesis reducimos á tres puntos principalmente.

1.º Rehacernos en las cosas ordinarias, pues, en ellas consiste nuestra santidad, y los Ejercicios son para obrar santamente y practicar las virtudes hic et nunc y dentro de nuestras actuales circunstancias.

2.º Vencernos y mortificarnos en las imperfecciones y vicios que tengamos. Ponga cada uno los ojos en aquellas cosas, en que suele tropezar más ordinariamente, ó ser causa que otros tropiecen, ofendiéndose con sus faltas, desedificándose con sus actos, y procure salir de los ejer-

cicios radical y totalmente enmendado de todo eso, y entonces habrá hecho buenos ejercicios. Que este sea uno de los fines de los ejercicios se deduce del título, que estampa S. Ignacio de Loyola á sus Ejercicios, escritos en el convento dominicano de Manresa: «*Meditaciones espirituales para vencerse el hombre á sí mismo y ordenar su vida y afectos en mayor servicio de Dios Nuestro Señor.*»

Esto mismo se colige de las disposiciones y consejos, que se dan al ejercitante el entrar en este santo retiro:

«*Ingrediar totus*: Entraré todo.... de veras.... con todos mis sentidos y potencias.

«*Manebo solus*: Permanecer desprendido de todo lo creado.

«*Egrediar alius*: Y saldré cambiado en otro hombre: «Vivo autem, jam non ego, vivit vero in me Christus» (Ad Galat. II. 20) y este es consejo del Espíritu Santo: «Et mutaberis in virum alium» (I Regum, cap. X, 6). Y esto es lo que dijo, según S. Ambrosio, Ntro. Señor Jesucristo por aquellas palabras: «Si quis vult post me venire, abneget semetipsum». (Malth, XVI, 24; Luc. IX, 23).

3.º Alcanzar ó procurar conseguir alguna virtud ó grado de perfección, particularmente aquella, de que tenemos más necesidad, pues, se desarraigan los vicios para plantar las virtudes. «Declina a malo, et fac bonum» (1). Y Kempis dice: «Dos cosas ayudan mucho para aprovechar. La una desviarse de aquello á que le inclina su naturaleza viciosa y la otra trabajar con fervor por la virtud que nos falta.» De esta manera, pronto cumpliremos con los preceptos de Dios: «Ambula coram me, et esto perfectus» (2), y «sive manducatis sive bibitis etc.... omnia in gloriam Dei facite» (3).

(1) Psalm. XXXVI, 28. (2) Genes. XVII, I. (3) I Ad Corinth. Cap. X, 31.